

¿Ocurrió la escena en esos términos? No me he atrevido a preguntárselo a D. Juan, por aquello de que agua parada no mueve molino; pero la persona que me la ha referido estaba aquellos días muy cerca del eminente caudillo para equivocarse sobre su autenticidad. Queda, pues, bien demostrado que D. Juan de la Cierva no es un autoritario. Las tendencias de su espíritu no han variado. Son las de un liberal que ama la tradición, no por lo que tiene de recuerdo, sino por lo que nos brinda de experiencia fecunda; que sabe, porque sigue con atención las evoluciones de las ideas, lo que hay que ceder y lo que es preciso conservar desde el Gobierno, y que está en su puesto sin miedo a nada ni a nadie.

—Los tiempos no pueden ser más procesos, amigo don Juan—le dijimos.

—¿Qué quiere usted! Hay que acomodarse a ellos y vivir, como en la guerra, con el ánimo resignado a las peores sorpresas. Con que la conciencia no proteste de nuestros actos, basta...

Quisimos, por lo visto con dudosa oportunidad, examinar lo retrospectivo de nuestra política de un año acá, y el ilustre juriscónsulto nos disuadió.

—No, amigo Manolo. Yo no puedo ni quiero decir nada que disuene de la concordia actual. Ninguno de nosotros está en el Gobierno por placer, y mucho menos por vanidad. Todos hemos salido perdiendo al revestir una casaca, que, por lo menos a mí, no me invita al contento. El equilibrio de la situación depende de nuestra cordura y de nuestra prudencia...

—¿Y en su departamento? ¿Qué piensa usted hacer...?

—Ah! Eso ya es otra cosa. De eso sí puedo hablar con usted, y con todo el mundo, sin trabas... Haré lo más que pueda dentro del potencial económico de la nación. Bien-públicos son mis deseos... Por de pron-

to, lo que más me urgía era enterarme del estado de los problemas; de lo hecho, de lo que vale la pena de ser continuado y de lo que acaso convenga aplazar. La exposición de todo eso ha sido precisamente lo que ha dado lugar al aplauso de mis compañeros de Gobierno y que yo considero inmerecido, porque yo no he creído nunca que sea preciso elogiar el que un ministro se

informe de los asuntos de su departamento...

—¿Y de la próxima lucha electoral? ¿No cree usted que...?

Don Juan me interrumpe sonriendo. ¿Supone él que he venido, emboscándome en la amistad, a inquirir sus ambiciones electorales? No lo creo...

—Mire usted, Manolo—me dice poniéndome afectuosamente la diestra mano en el hombro—; yo no tengo inconveniente en repetir ahora lo que vengo diciendo desde hace mucho tiempo. La Monarquía tiene que oponer un frente único al enemigo común... El no hacerlo me parece grave error. A ese fin hay que sacrificarlo todo..., hasta el amor propio...

Mientras el fotógrafo opera yo observo a mi ilustre interlocutor. Su continente es el mismo de sus años mozos. Los ojos interrogan, sin descubrir nada de lo que se agita en las interioridades de la conciencia. La fisonomía es plácida; la actitud, serena. Y, sin embargo, este hombre, que ha aprendido a dominarse para adquirir un poder sobre su propio espíritu que le permita adoptarlo a todas las temperaturas morales por que va pasando su Patria, es un carácter fuerte y apasionado. Pero no es apasionado más que cuando estudia e interroga a los elementos que se oponen a su voluntad. A la hora de construir es reflexivo y metódico como un sajón...

—¿Está usted solo, don Juan?

—Sí. Así estuve siempre... Es decir, solo, con algunos amigos..., y de los buenos...

Pues señor—pienso al estrechar su mano en el umbral de la casa—, solo o acompañado, este hombre da la plena impresión de fuerza de un joven apenas fogueado en la vida pública. Ahora y siempre habrá que contar con él...



UN RECIENTE RETRATO DEL SEÑOR LA CIERVA

MANUEL BUENO

(Fotos Portela.)

ROMA. EN LA CASA DE ESPAÑA



Algunos concurrentes a la conferencia del reverendo padre Melchor de Benisa, general de los Capuchinos, que aparece en la fotografía sentado junto al embajador de España, Sr. Palacios. Detrás, de izquierda a derecha: los señores Alvarez de Fontes, Muleto, fray Agustín de Corniero, reverendo padre Saturnino López, Sres. Forcade, Izquierdo, Muñoz Viñasa, Banda de la Bermeja, Silvela, Gómez Ocerin y Tuccinei.